Cristóbal de Castro
Blasco Ibáñez y *Sónnica*
(*La Correspondencia de España*, 17-11-1901)

Hace dos años, por agosto, llegué a Teléfonos, y en un corro de corresponsales y de bolsistas vi por primera vez a Blasco Ibáñez.

Recio y alto, destacábase en el grupo, y con arrogancia tribunicia hablaba de revolución.

Yo sentí que me atraía su palabra «caliente»; corrí con él por el campo de la esperanza, y azuzado por sus profecías de redención del pobre, escuché la arenga juvenil. Mientras él hablaba recordaba yo las notas valientes de la Marsellesa.

Y a las pocas noches vi en el *Heraldo* un cuento, el mejor cuento de Blasco Ibáñez, «La alegría de vivir». Mientras Blasco y algunos amigos gozaban de la música y del mar, y en aquella divina playa de Malvarrosa cantaban un himno a la vida, el mar escupía a la playa el cadáver de un joven.

Era el cuento una inquietud, un malestar, un dolor del que vive y goza por el que sufre y muere. Yo leía el cuento y lloraba... y llorando me acordaba del Blasco Ibáñez jacobino, y de mi evocación de la *Marsellesa*.

***

¿Qué entendéis de estas contradicciones del alma, vosotros, los espíritus alineados, los hombres «tirados a cordel»? ¿Qué sabéis de estas guerras de «por dentro», los que tenéis por religión el culto de la persona, el párrafo *purista*, la estrofa *clásica*, la moral casera, el *qué dirán*, la buena fama, la *corrección*, en fin? ¿Cómo os explicáis esta chiquillada, esta *chifladura*, de que hoy se hable de barricadas y mañana se llore ante el cadáver de un muchacho?

Blasco Ibáñez es un poseído del «demonio del ideal», una presa más de esa fiera interior que vive en los corazones artistas y picotea los cerebros pensadores. Ved, sino, el calvario de sus emociones: primero, las fuertes y gigantescas —con la abrumadora poesía de Víctor Hugo—; después, las desesperantes y las que irritan, con los desnudos cuadros de Zola; luego, las que hacen sufrir al cuerpo, a la carne —con los dolorosos espasmos de d'Annunzio—; más tarde las que dañan el cerebro y hacen entrever la locura —con las elucubraciones de Maupassant—; después, las que llaman hacia el estilo y atraen a la sujeción y a la biblioteca —con esos poemas de la historia, miniados de prosa mágica y «musical» que han escrito Anatole France y Pierre Loüys... ¡Cuánto amor tiene el galán mujeriego, a quien apasionan la rubia por rubia, la morena por morena, la elegante porque sabe vestir, y la moza fuerte del campo

por natural, y por sin aliño! ¡Cuánta poesía suya necesita un escritor de ahora, a quien enamoran y atraen los mil y mil escritores que fueron y que son! El galán mujeriego deja un poco de su amor en cada mujer que abraza; el escritor poeta deja un poco de su poesía en cada obra que lee.

Y ahora, hablemos de *Sónnica*.

***

Fuera de Ebers, el egiptólogo alemán, cuya novela *La hija del rey de Egipto*, es un asombro de erudición, no sé de novela *arqueológica* alguna —incluyendo a *Salambó*— que no tenga faltas de historia. Las cartas cruzadas entre Flaubert y Sainte-Beuve, que he leído en estos días, son documentos curiosísimos, valen por todo un curso sobre la novela arqueológica, en cuya clasificación entra la *Sónnica* de Blasco Ibáñez.

Y, con efecto, el problema es de solución facilísima. Siendo la novela histórica un género literario, ¿qué ha de predominar en él si no la literatura? ¿Cómo no ha de ser primero la inventiva que la documentación? Cuando son los documentos el eje de las obras, resulta una *Hija del rey de Egipto*, pesada, legible únicamente para el sabio. Cuando, por al contrario, es la imaginación la soberana, se escribe una *Afrodita*, delicioso poema que encanta al literato, pero que no convence al erudito. Y cuando ambas cosas se hermanan, como las hermanó Flaubert, la obra es *Salambó*, y *Salambó* deleita al erudito y apasiona al artista.

Blasco Ibáñez no ha podido documentar su obra más de lo que la ha documentado. La España sujeta a dominio por la República de Roma, no tiene, al presente, si no historia *refleja*, breves relatos que se hallan en obras de Tito Livio, de Polibio y de Floro, por lo que hace a textos antiguos, y las investigaciones étnicas y políticas que mi ilustre amigo don Joaquín Costa hace en sus *Estudios Ibéricos*, por lo que se refiere a nuestros días. Las figuras de Alorco y de Acteón, que son las principales, con Sónnica, en la novela de Blasco Ibáñez, apenas si dejan rastro en los anales históricos de Sagunto.

Tal vez por esto, Blasco Ibáñez recarga su obra de «ambiente» cartaginés, hecho ya por Flaubert en *Salambó*, y tal vez por lo mismo se advierten en *Sónnica* algunas costumbres y descripciones de aquellos días del Imperio, tan admirablemente descritos por Petronio en el *Satiricón* incomparable.

De todas suertes, es *Sónnica*, en cuanto a erudición, labor meritísima y obra de estima considerable, un temperamento tan rebelde como el del escritor valenciano, habrá necesitado de gran sujeción para una obra que es de paciencia.

En cuanto al valor literario de *Sónnica*, yo lo creo muy por encima del de erudición. Y pienso que Blasco Ibáñez, atraído por el estilo mágico de *Thais*, abandona su prosa fuerte, pero sin grandes matices, y corre derecho al estilismo

y a la sonoridad, sin perder por eso su personalidad de escritor robusto y vigoroso. Hay en *Sónnica* un banquete, descrito con el ritmo y el primor de aquel otro banquete donde Thais presenta a Pafnucio.

En lo que pudiéramos llamar literatura *gastronómica*, Blasco Ibáñez alardea de *detallista*. Ni el propio Flaubert —y ya es decir— aventaja al escritor valenciano en la enumeración de salsas y condimentos.

Hay en esta novela, a través de sus grandes párrafos descriptivos, una suavidad y una melancolía que es la que yo juzgo personal, propia, única, *suya*, de Blasco Ibáñez. El cínico Eufobias ve la guerra tal y como es, odiosa, despreciable, irritante, injusta.

Acteón, el Petronio ateniense, eterno peregrino del ideal, es el espíritu del poeta delicado y sutil, del enamorado de un ensueño.

Y entre el esplendor y la majestad que rodean a Sónnica, que reina y deslumbra como el sol, la pobre hetaira, la *loba* del puerto, corre tras el poeta de Atenas y deja en el alma un dulce destello melancólico, como la solitaria estrella del anochecer...

Algún crítico ha visto en otros dos personajes de la obra lo más bello de ella. Trátase de Ranto y de Eroción, dos adolescentes que pasean su sencillez desnuda por las praderas del agro saguntino. Confieso que a mí no me han emocionado tanto como Absyte, la amazona a quien Aníbal rechaza; como Eufobias, el filósofo a quien escupen los elegantes de la ciudad; como la turba de esclavos, coronados de laurel, que aguardan, impasibles, su venta...

Sónnica es para mí una obra de entretenimiento y de solaz, por lo que hace a su arqueología; pero es un hermoso poema, donde Blasco Ibáñez ha sentido hondamente la poesía de la soledad y del dolor...

**Material cedido a la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes gracias a la colaboración con el Ajuntament de València, Regidoria de Patrimoni i Recursos Culturals a través de la Casa-Museo Blasco Ibáñez. La localización, transcripción y/o traducción de los documentos ha sido realizada por Emilio José Sales Dasí, director de la Casa-Museo Blasco Ibáñez.**